

EL JORNALERO

SEMANARIO DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA

Organo del Centro de Estudios Sociales "Unión y Energía"

Editor: JULIO REYNAGA

AÑO IX

TRUJILLO, (PERÚ) AGOSTO 15 DE 1914

NÚM. 73



La situación

No sabemos como definir claramente la actitud asumida por los miembros de la Cámara de Comercio de Trujillo en su labor al ocuparse de atenuar la desastrosa crisis que nos envuelve, generada por la guerra europea.

Creemos y estamos seguros que las mas benéficas intenciones han guiado á esos caballeros; y que su único deseo al reunirse no ha sido otro que el ver la forma de solucionar el conflicto económico; pero los acuerdos tomados por ellos son de tan escasa significación, tan poco tendentes al fin que se proponen y revelan tan poca orientación de las verdaderas causales de la crisis entre nosotros, que de limitarse á ellos el malestar económico que nos agobia hoy, tendrá que ir erigiendo día á día hasta producir la ruina mas espantosa, con todo su cortejo de desastrosas consecuencias.

¿Cuáles son los acuerdos tomados por la Cámara?

1º—Aprobar la emisión de billetes de los bancos.

2º—Aprobar la medida adoptada por el señor Prefecto del Departamento, haciendo publicar en hojas sueltas el telegrama tranquilizador que le dirije el Director de Gobierno, con respecto á la situación actual.

3º—Telegrafiar al Supremo Gobierno, para que se gestione que los bancos tomen los giros contra casas comerciales de Li-

ma, para proveer de numerario á las negociaciones azucareras, y

4º—Oficiar al Alcalde del II. Concejo Provincial recomendándole tomar medidas eficaces para evitar el encarecimiento de los artículos de primera necesidad.

Con respecto al primero de estos acuerdos no nos aventuramos á emitir nuestra opinión sobre el particular, porque carecemos de información suficiente sobre el efectivo de los bancos que garantice la conversión de esos billetes una vez normalizada la situación.

El segundo acuerdo no merece ni mencionarlo.

El tercero es sencillamente inconducente: las empresas agrícolas azucareras no necesitan con tanta urgencia de monedas.

En muchas ocasiones las haciendas han pagado á sus operarios con fichas ó vales, de circulación solo en los fundos, esta forma de pago perjudica en algo al trabajador, pero beneficia notablemente al garantizado: 1º—Porque le asegura la estabilidad de los braceros de que tanto necesita en la actualidad. Y 2º.—Porque mejora el negocio de los bazares que son propiedad de la misma hacienda.

El estado económico de los industriales azucareros no debe inspirar temores á los señores de la Cámara de Comercio; pues lejos de ser angustioso, es de franca prosperidad.

Garantizado por el Gobierno Inglés, el embarque de mercaderías,

tan solo con el 5% de seguro marítimo y á la vez el pago de oro por el banco de Londres; los señores hacendados pueden vender sus azúcares á un precio crecido y aportar al país antes de 50 días, una cantidad de oro tal, capaz de normalizar la situación si lo quisieran.

En cuanto al 4º. y último acuerdo de la Cámara de Comercio es inútil é inconducente: para que la municipalidad pueda evitar el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, es necesario que disponga de fondos y ya sabemos que no tiene un cuarto y en las circunstancias actuales escasi imposible que lo consiga.

La situación debe mirarse bajo otro punto de vista:

Casi las tres cuartas partes de los obreros y braceros de Trujillo están ya sin trabajo.

La Junta de Obras Públicas ha paralizado sus labores.

Los lancheros y cargadores de Salaverry y Huanchaco no cargan un grano de azúcar desde hace más de 15 días.

Como consecuencia de esa paralización de trabajo, las casas comerciales venden hoy el 30% de lo que vendían y por fuerza tendrán que reducir el número de sus empleados y rebajar el salario de los que quedan.

Igual cosa tendrá que pasar con la Empresa del Ferrocarril por la reducción de fletes de carga y con las demás fábricas é industrias pequeñas que forman el movimiento económico y comercial de Trujillo.

Esa es pues la pavorosa situación que se presenta.

Mas que la carencia de moneda, es la falta de trabajo lo que nos traerá la ruina.

Suponiendo que se establecieran bazares por personas bien intencionadas para el expendio de artículos de primera necesidad y evitar de esa manera el negocio de los comerciantes inescrupulosos, el pueblo no

podrá adquirir esos artículos porque como no trabaja no tendrá dinero como comprar á ningún precio y la emisión de billetes salvará la situación de los bancos y la del Gobierno, pero no la del obrero que como no tiene trabajo no podrá adquirirlos.

La Cámara de Comercio en vez de hacer telegramitas y aprobaciones inútiles debió estudiar á fondo la gravedad de la situación, para tratar de atenuarla en la mejor forma posible.

Ha debido dirigirse á los hacendados encareciéndoles el embarque de sus azúcares, para que se restablezca el trabajo en los puertos y hayan fletes para las Empresas Ferrocarrileras, haciéndolas ver que si persisten en amontonar azúcares en los depósitos de las haciendas como lo están haciendo actualmente, sin hacer embarque alguno, nada más que por esperar mejor cotización en el precio del artículo, la catástrofe económica es inminente.

Tratar á todo trance de que se restablezcan el trabajo en la junta de obras públicas y gestionar para que las empresas no despidan á los trabajadores, considerando que el trabajo, estos y no otra cosa, es que dá vida al comercio y á las industrias y es el único factor de la vitalidad social.

Y después, vengán los billetes bancarios y los bazares de artículos de consumo necesarios para normalizar la situación.

Y en cuanto á la prensa, es necesario que emita su opinión, tratando de dar rumbo y orientación al movimiento salvador que se opere, para tratar de atenuar la espantosa crisis que nos envuelve; hágalo alguna vez siquiera, no dando latas, ni tocando bombo, sino haciendo de la verdadera realidad de la situación para ponerle remedio.

Se trata de la salvación de Trujillo.

Historia que parece cuento

Verídica vida del labrador

Transcurría el mes de septiembre de cierto año del presente siglo, cuando nos trasladamos a la célebre montaña «Coroch» con el doble fin de traer madera y estudiar de cerca lo que el gran Reclús nos describe en su hermosa obra «La Montaña.»

Después de todo bien preparado, y el botín relativamente arreglado, partimos con dirección a la mencionada montaña, distante de aquí veinticinco kilómetros.

Llegamos y nos hospedamos en la casita que un acudalado labriego posee allí. Este se llama Miguel Rubio, y tiene algunas posiciones en aquel valle que circunda enormes montes, el que está regado por los arroyos que afluyen de la montaña «Coroch», bajan estrepitosamente, formando deliciosas cascadas con sus cristalinas aguas. Ya en ella, nos disponemos a confeccionar la cena. De pronto llega un hombre de unos sesenta y cinco años, caudoso, de manos grandes y huesudas, de epidermis tostada por el sol y descuidada de la higiene; de ropa sucia y harapososa, con una manta raída a fuerza de acostarse por los ribazos, ó bien debajo de algún algarrobo por las noches, montado en un pollino medio muerto por el hambre. El hombre, después de saludarnos, empieza a descargar del burro, un saquito de cuero, lleno de harina; un asta de buey, con su tapadera, llena de aceite; una sartén envuelta en un cerón, una piel de cabra y una manta.

Luego de haber descansado unos minutos, saca la piel de amasar, arroja sobre sus epidermis dos puñados de harina de maíz, sal y un poco de agua, y amasa todo esto en un rollo.

Enciende fuego, eso sí mucha leña, y con una paleta de hierro, con mango de madera, empieza a cortar trozos de pasta, y con la palma de la mano, los aplasta sobre la piel, y una á una las va poniendo sobre la paleta que en sus manos sostenía hasta que la torta estaba cocida. Cuando por debajo se halla bastante cocida, en la misma paleta le da media vuelta. Así, sucesivamente, sigue la operación con las restantes.

Luego pone en la sartén diez gramos de aceite, y sostenida por los picos de tres piedras que ordenadamente coloca alrededor del fuego, ya caliente el aceite, empieza a arrojar en el fondo puñados de picante hecho añicos; añade un jarro de agua y las tortas hechas á trozos, lo envuelve todo en la sartén, y con un palo esprofeso de madera, empieza á remover aquel amasijo; cuando le parece que están en sazón, saca la sartén del fuego.

Esta operación la repite por la noche al volver del trabajo; son las únicas comidas con que se alimenta todos los días.

El tío Ramón. «El Quesero», que así se llamaba aquel labriego, al aprehender de que yo seguía con curiosa atención todos sus movimientos, me invitó á que «catara» de aquello. Mas yo, á pesar de que me daba paúses el modo y la au-

sencia de higiene con que se había efectuado aquella comida [?], sentía tentación por probarla y lo realicé. Pero ¡oh sociedad humana, que cosas consientes! Aquello no se podía masticar. Aquel sabor picante era capaz de congestionar el estómago del más anfitrión burgués. Aquellas migas no picaban, sino quemaban como ácido sulfúrico. Lo arrojé, y estuve más de dos horas escupiéndolo.

Y el tío «Quesero», al verme así, le caían las lágrimas de tanto reírse; lo que decía:

—Si no fuera por el picante, no valdrían nada estas migas.

Mientras el tío Ramón se engullía aquello, yo le preguntaba á «El Rubio», el dueño de la casa:

—¿Y este hombre de dónde viene?

—De Teresa, replicó «El Rubio».

—¿A qué vino?

—A roturar tierra. ¿Ves aquel monte terroso?, es mío, y el va, cortando bosque y cavando.

—¿Y tú le pagas?

—Yo no le pago nada.

En efecto. Al día siguiente, yendo nosotros á cargar la madera que «El Rubio» nos había vendido y que el tío Ramón nos había cortado, hallamos á este hombre con una hacha que pesaría cuatro kilogramos, dándole golpes á una centenería encima, hasta derribarla. Luego, cogía el azadón y toda la leña menuda la enterraba y hacía hormigueros para fertilizar la tierra.

—¿Cuánto tiempo ha de estar aquí, le pregunté.

—Lo que queda de mes.

—¿Y cuánto gana por esta operación?

—Lo que «Dios» y el «amo» quieren darme.

—De modo que usted rotura la tierra, la quema en hormigueros y la deja en condiciones para la siembra?

—Eso es. Y el «señor» Miguel, pone la simiente y el macho para labrar y luego nos partimos lo que recolectamos.

Huélgome mencionar, que el tío Ramón, para todo el mes que ha de permanecer en esta operación; solo lleva: una arroba de harina de maíz, libra y media de aceite y un buen puñado de picantes. Total: la comida que este hombre llevaba para un mes, no valdría veinte reales.

La casualidad quiso que por el mes de julio volviéramos á la casita de «Coroch», á bajar nueva madera, y nos hallamos con que el tío Ramón y Miguel «El Rubio», se hallaban trillando la paja del trigo que habían regado en la tierra que el tío Ramón había roturado.

Aquel mismo día separaron el grano de la paja y el «Quesero» cargó el borrico, con lo que el «señor» Miguel quiso darle, que ¡pánsese el lector!, no pasaban de «seis barchillitas».

Al partir hacia Teresa, que dista veinte kilómetros, le interrogué:

—¿Qué, se va contento?

—¿Y cómo no! Ha habido años que he trabajado más de un mes, y como no ha llovido, el trigo no ha cuajado no hemos cogido nada.

Mientras, el «señor» Miguel se quedaba con la tierra roturada para sembrarla en adelante.

—¿Cómo se hacen los propietarios!

Bien dijo Proudhon, cuando declaró: «¡La propiedad es un robo!»

ENRIQUE LLOBREGAT.

¿Y eso es ser hombre?

Para muchos

Vivir cobardemente silencioso
Como una pena oculta, siempre ignota;
Vivir eterna vida de derrota,
Vejado, escarnecido y andrajoso.....

Vivir como alimaña repudiado,
Vivir de tolerancia ó caridad,
Soportando el rigor del potentado
Y el yugo de tirana autoridad.....

Engullir como el perro los sobrantes
Que arrojan los infames satisfechos.
Vivir con el estigma de «atorrante»
Sin dignidad, mendigo y sin derechos.....

¡Eso ni es vejetar! Es ser escoria
Que boyó por los mares de la vida;
Es ser entre sin nombre, sin historia,
Es ser montón de carne corrompida.....

El hombre ha de sentir fuertes pasiones
Ha de tener ideales y conceptos;
Ha de imponer la ley de sus razones
Y ha de exigir derechos y respetos.

Para vivir cobarde y silencioso
En brazos del dolor de la derrota,
Es preferible sucumbir glorioso,
Caer gallardo, cual columna rota!

A. ACOSTA

Lo que es la Unión

La Unión: es el arma defensiva de los trabajadores; es la fuerza de los débiles, es el refugio de los desheredados, de los que han sido echados al mundo sin tener quien se acuerde de ellos desde que salieron del vientre de su madre.

La Unión es la que nos puede hacer llegar á un buen estar de la humanidad, pero que muy poco comprendemos esto los trabajadores.

La Unión es el temor de la burguesía, es decir, de los patronos; es el freno de estos caballos desbocados, de quienes á diario estamos recibiendo fuertes patadas. ¿Por qué no unirnos, compañeros de fatigas, sin reglamentos ni códigos de ninguna especie! Libremente, según la Naturaleza nos desarrolle. ¿No lo comprendéis así! ¿O es que ya estáis satisfecho con vuestro modo de vivir que tenéis! ¿Estáis contentos con la carga de las fatigas que descansa sobre vuestras costillas, que tanto los hace bajar la cerviz, la que tantas veces les ha-

ce llevar un trapo a la frente para limpiar las gotas de sudor, con las que otros van á disfrutar. ¿No sentís el chasquido del látigo, por detrás de vuestras espaldas? El que los hace caminar, el que los arrea, cual la bestia fatigosa, que ya no puede con la carga. Y después, el buen servilismo que ha prestado al amo, en recompensa les urcan las ancas, con el látigo, haciéndola relinchar de ira, más la carga no se la puede sacudir, porque se la dejó echar antes.

Si, camarada, trabajadores sí. La Unión es el fuerte del Obrero, pero pocos veo concurrir a él; yo todas las noches estoy allá pero siempre veo el local vacío, y salgo de allí y veo en las esquinas de las calles los grupos, bastante crecidos, hablando vanidosamente, pero no se ocupan de su mala situación.

La Unión es el bienestar del trabajador, pero nosotros no buscáis el bienestar, sino todo lo contrario; buscáis ir siempre de cabeza al precipicio, al caos; os criticáis rastreramente, os odiáis, os despreciáis, os creéis super los unos a los otros. Pues de esa manera nunca llegaréis a un acuerdo; si queréis llegar, obtener alguna mejoría en vuestras fatigas, es necesario unirse, concurrir a la Unión y tomar nuevos acuerdos, y hacerlos hombres para mirar el camino por donde váis a cojer el rumbo hacia una Sociedad libre de opresores, de mandarnes, de esclavos y esclavizados.

F. R.

Información extranjera

MEXICO

Huerta, el dictador mexicano, obligado por las balas constitucionalistas, ha tenido al fin que dejar México, y ahora navega rumbo á Europa, donde tranquilamente se comerá los millones que con tanta sangre amasó. Entretanto el sucesor, Carvajal, encuéntrase en una situación desastrosa: sin fuerza alguna moral y material, con su gente pasándose cada día al campo enemigo, y sin apoyo ninguno en los americanos, que son los que mueven los muñecos en este escenario.

Pancho Villa, entretanto vivo y muy vivo, sigue dale que dale, hacia la capital mexicana.

á donde se dirige también desde el sur Emilio Zapata. Si éste llega antes que el asesino del norte, ¿qué sucederá?

Nada bueno ha de ser para los ricos, que, seguramente y á pesar de su «patriotismo» no vacilarán en llamar las tropas americanas, hoy en Vera Cruz, para que los libren de las iras de los «bravos» peones.

RUSIA

Rasputin, el monje odiado que á fuerza de infamias llegó á ser el brazo derecho de Nicolás, el asesino ruso, ha encontrado una mano justiciera que le ha hecho pagar con la vida sus infinitos crímenes.

Este odiado Rasputin, nombre que significa lo más odioso que existir pueda, andaba últimamente predicando una doctrina de la purificación de la mujer; y á cada pueblo donde llegaba hacía llamar á las muchachas solteras á las que, encerradas en un baño, «purificaba», abusando de su poder sobre la superstición de las gentes.

Hoy, una de sus víctimas, tomó la justicia por su mano, y el cuerpo del asqueroso religioso, se pudre abonando la tierra. La única obra útil que jamás haya hecho.

CHINA

Treinta y cinco guardas marinas, en el puerto de Sanghai, han hecho un viaje por los aires por la presión de la dinamita que alguien, sin sanpde de esclavo, puso en las carboneras de un barco-escuela.

Resultados directos y lógicos de la tiranía que ha entronizado el viejo Yuan Si Kai, quien está ganando su credencial para volar también.

Lo de Chuyugual

Clamoroso por demás, es lo que actualmente pasa en el fundo cuyo nombre encabeza estas líneas, desde que se hizo cargo de la administración de él, un señor Moreno Cedano, a quien no conocemos sino por la enumeración de la serie de atropellos y extorsiones que lleva á cabo con los indígenas y por las quejas que de él nos vienen continuamente.

Se nos informa que el tal Cedano, no es el verdadero ar-

rendatario del fundo, sino que obedece á las insinuaciones y ordenes de un caballero de aquí, cuyo nombre nos llamamos por ahora; el cual se ha propuesto hacer dinero y pagar la crecida merced conductiva en que el fundo ha sido arrendado por el Obispo, extrayéndolo de la sangre y del sudor de esos infelices y se nos dice también que Cedano es hombre á propósito para tales manejos; les ha aumentado a todos la pensión que pagan y los carga de gavelas; se apodera de los animales de los colonos, y persigue sin descanso a todos los que no se someten humildemente a sus ordenes, por más arbitrarias e inhumanas que sean, y en fin ejerce en el fundo las funciones de un verdadero sátropa.

Ha conseguido, sorprendiendo sin duda al subprefecto de Huamachuco, la estadia en el fundo de ocho soldados y un oficial de los cuales se vale continuamente para la realización de sus abusos.

Ahora 15 años y siendo administrador del fundo don Manuel Trinidad Cisneros, se aumentó el valor del arrendamiento por la Junta de Vigilancia como en la actualidad y como los colonos protestarán por el aumento de las gavelas se recurrió á la fuerza pública fusilando cobarde y miserablemente á muchos de ellos, reduciendo á los demás y obligando á muchos á refugiarse en las comarcas.

¿Es acaso esto lo que desea en la actualidad la Junta de Vigilancia?

No sabemos á punto fijo que puntos de verdad calza el acta de los indígenas de Chuyugual publicada en nuestro número anterior; pero si es cierto lo que en ella se afirma, en lo relativo á la propiedad del fundo, la Junta de Vigilancia, jurídicamente, no sólo no es dueña de él, sino que está obligada á responder por los arrendamientos que indebidamente se ha apropiado durante muchísimos años, contrariando la voluntad de la testadora señora de Mora.

Pero sea de ello lo que fuere, la referida Junta, administradora ó dueña de Chuyugual, no debe extorsionar ni permitir que se explote ni se atropelle en la forma que actualmente se hace á los habitantes de ese fundo; porque semejantes procedimientos están muy poco en armonía con los principios humanitarios y que como católicos y clérigos que son, la religión que profesan les ordena practicar.

¿Por qué no se pone como administrador del fundo al señor Santos Terrones, por ejemplo, persona grata para los habitantes de esa hacienda y que durante diez años ha manejado satisfactoriamente ese fundo?

¿Por qué no se sustituye al actual administrador con este caballero ó con cualquier otro que no los succione y aniquile?

Para terminar llamamos la atención de quien corresponda á fin de que inquiera datos verídicos sobre lo que actualmente sucede en ese fundo y no se deje sorprender por los señores de la Junta de Vigilancia á quienes por lo visto no los guía otro móvil que la mas sórdida avaricia.

Esperamos que esos infelices sean atendidos.

Permanente

«EL JORNALERO», periódico que defiende á los trabajadores, industriales, empleados, proletarios y en especial á los peones del campo, se vende en los trenes del día domingo y en todas las estaciones por donde pasan los ferrocarriles de Trujillo.

Con esta facilidad puede comprarlo la persona que lo desee y lo necesite para leerlo, sin temor ninguno; pues la prensa tiene la libertad de penetrar hasta en el más oculto rincón de nuestro suelo, para informarse como vocero del pueblo, de todo lo que ocurra para hacerlo público en favor de los que sufran. Y el hombre que intente prohibirlo, es un infractor de la ley y un enemigo declarado de los derechos y la libertad de los pueblos.

La circulación de la prensa está autorizada por una ley del Congreso de la Nación, y ningún hombre, á no ser un expoliador, puede prohibirla. Los que así proceden son verdugos del bienestar de los demás, que se empeñan en mantenerlos humillados, sumidos en la ignorancia y para con tal medida infame, ocultar los crímenes que cometen.

Entre el capitalista y el obrero, no hay más que un sólo contrato, con las dos únicas cláusulas siguientes:

El obrero tiene el deber de entregar concluida la porción de trabajo que á su voluntad aceptó; y

El patrón, el derecho única-

mente de pagar el trabajo realizado á su satisfacción. Este no tiene más derechos sobre el trabajador, ni aquel más deberes para su patrón.

Todos tenemos el derecho y la libertad, de leer lo que nos plasca para ilustrarnos en cualquier lugar que nos encontremos.

Lo demás es un crimen contra la legislación y el derecho de cada uno.

Las víctimas de la guerra

Cada una de las vidas humanas resulta más preciosa por las afecciones que alrededor de ella gravitan. La muerte de un ser humano sería poca cosa en sí misma, si no tuviese por consecuencia el duelo de toda una familia.

¿Y quién sabe lo que puede destruir una batalla, segando en algunas horas toda una brillante flor de juventud?

¿Quién contará las altas y nobles inteligencias que obscuramente han desaparecido, sin provecho para nadie, antes de poderse apreciar su potencia útil al progreso humano? Desde Arquimides y Lavater hasta Henri Regnault y Veretschaguine, la guerra ha hecho nobles víctimas cuya pérdida fué irreparable (No hablamos aquí de hombres de guerra). ¿Cuántos fueron los que, desconocidos todavía, porque eran demasiado jóvenes, hubieran llegado á ser célebres y aumentado el patrimonio común de nuestras riquezas intelectuales?

Las víctimas humanas de la guerra no son solamente los soldados. Cuando es devastado un país por una invasión, cuando una ciudad es tomada por asalto, los hombres civiles, los viejos, mujeres y niños, sufren todos los males de la guerra y perecen por millares.

El soldado en campaña, vencedor ó vencido, no es piadoso para las poblaciones por medio de las cuales pasa.

Tampoco se contenta con brutalizar; envenena; porque consigo lleva horrosas epidemias. El tifus y el cólera, si se desencadenan sobre un ejército, causan víctimas innumerables en la población que le rodea. Cuando la guerra del Transvaal, se vió aquella lamentable y dolorosa historia de los campos de concentración, la mortalidad de los niños boers se elevó entonces á cerca de setenta y cinco por ciento al año, cifra inverosímil y sin embargo verdadera. Que no se acuse á los ingleses de inhumanidad; ellos hicieron lo posible para paliar los males de la guerra. Pero no se sumiza la ferocidad de Moloch.

Durante el sitio de París, la mortalidad se elevó entre los hombres civiles á cuatro mil por semana. Por el solo hecho de nacer en una ciudad sitiada, los recién nacidos están, en el momento de su nacimiento, condenados á muerte. Y no hablamos de las guerras en que el vencedor inexorable pasa a cu-

chillo toda la población civil; ni de sitios como los de Génova, Zaragoza, Dantzig, donde la mortalidad entre los no combatientes fué tan enorme como entre los beligerantes.

Tal vez se dirá que la muerte de los soldados en un campo de batalla es gloriosa y digna de envidia; que morir por la patria, ó por los amos, con las armas en la mano, defrente al enemigo, es un honor incomparable. ¡Cuántos de estos pobres soldados caen sin haber conocido el orgullo de la lucha, podridos en un hospital, ó en un establo del tifus, de scorbut, viruela, cólera, fiebre amarilla, disentería, de todas las infames enfermedades que acompañan la guerra y le forman un cortejo digno de ella! Los que cantan la gloria guerrera, ¿saben que las enfermedades causan cinco veces más víctimas que el fuego del enemigo? ¿Saben que en la absurda guerra que Inglaterra y Francia sostuvieron contra Rusia, en 1855, hubo por cada hombre muerto por el fuego, veinte muertos por enfermedad?

Saben que en la reciente guerra de Madagascar, que causó seis mil muertos, solo hubo un centenar de hombres heridos por el fuego del enemigo?

En tiempos de Homero y en tiempos también de la Caballería, cuando dos héroes venían a las manos, con sus espadas, sus corazas, sus lanzas, el valor y la destreza decidían la victoria. Había algún honor en combatir, en triunfar, quizá también algún salvaje placer en la batalla. ¿Pero qué nobleza de alma, ni qué triunfo de la energía física puede haber en el que agoniza sobre un camastro infecto? Por horroroso que sea en un campo de batalla, nada es comparado con el espectáculo que ofrece un hospital de campaña donde se ciuda á los enfermos. Es lo más abominable; y todos los que han visto escenas parecidas, por poco que les quede una partícula de corazón ó de inteligencia, ya no pueden considerar la guerra sino como la más lamentable de las aberraciones humanas.

CIL. RICHT

El honor nacional

(FRAGMENTO)

Los Estados Unidos han declarado la guerra a México.

¿Por qué?

El caso es serio: Para vengar al honor nacional ultrajado.

¡Oh, el honor nacional!.....

Para hacer respetar la bandera «gloriosa» de las barras y las estrellas.

¡Oh, la bandera gloriosa!.....

Para.....

Bien, no hay necesidad de enumerar más motivos. El honor y la bandera que simboliza ese honor, son al parecer motivos suficientes para que heroicamente gloriosamente, estúpidamente se maten algunos miles de hombres, se destruyan ciudades y se lance a la miseria a dos pueblos.

El caso es peregrino.

Unos marineros americanos son detenidos por la policía mexicana, y luego dejados en libertad. Un acto arbitrario, como mil ejecuta la policía de todos los países. Pero se trata de marinos americanos y se estima el hecho como un gran insulto a la bandera de su nación, y el almirante americano exige que para lavar la ofensa sea saludado el pabellón estrellado por las fuerzas mexicanas con veinticinco cañonazos. Huerta da satisfacciones de palabra, pero se niega a gastar pólvora. Wilson insiste y en nombre del honor nacional amenaza. Huerta en nombre también del honor sigue en sus nones. Y de todo ese empacho de honor, ved las consecuencias inmediatas: una ciudad invadida y bombardeada, gran número de edificios arrasados, centenares de hombres muertos. Todo esto como preludio de mayores barbaridades.

¡Todo por el honor nacional!

El honor nacional.

La canción de siempre. Todos los gobiernos lanzan a los pueblos a la guerra con la excusa de que lo exige la dignidad nacional, el honor de la bandera. Y los pueblos son tan estúpidos, que mansamente se dejan despojar y, lo que es peor, matar, para mantener esa dignidad y ese honor.... que no se ve por ninguna parte.

Suponed dos hombres que fieramente se batan en defensa del «honor» de dos impúdicas ramerías, y tendréis una gráfica representación en lo individual del acto de dos pueblos que guerreeen por defender el «honor» de dos naciones.

Porque, entendido bien; las naciones no pueden tener honor, porque no tienen moral.

Eso que llaman «honor nacional» no es más que la falsa etiqueta con que los gobiernos encubren los bastardos anhelos de engrandecimiento material, de expansión, de conquista, para beneficio de las respectivas burguesías, ejércitos y burocracias.

Eso que llaman «honor nacional» es solo una monstruosa amalgama de ambiciones, concupiscencias, malsanos apetitos de riquezas y de dominio.

Eso que llaman «honor nacional» es la más terminante negación del verdadero honor, porque sirve para legitimar el despojo, la violencia, el asesinato, la destrucción, el crimen, a la vez que exacerbaba los malos instintos y aviva el odio entre los hombres.

El honor nacional es un mito, una añagaza. Las naciones, como las ramerías, no pueden tener honor; porque si unas comercian con sus cuerpos, las otras comercian con sus hombres. Y es más noble el proceder de la ramera, que comercia con lo suyo, en tanto que las naciones, o dicho con más propiedad, sus gobiernos, comercian con sus súbditos y con los que no son súbditos.

En las relaciones individuales, aún en nuestra sociedad burguesa, existe cierto código moral basado en el respeto mútuo que regula las acciones de los hombres; pero en las relaciones colectivas, de las

naciones no existe más código ni más regulación que la fuerza.

Se estima cobarde la agresión de un individuo armado contra otro indefenso, pero se vé sin protesta que un pueblo poderoso veje y domine a otro débil.

Se califica de robo la apropiación violenta de un objeto sin la voluntad de su dueño; pero se acepta que una nación pueda apoderarse de un territorio ajeno sin el consentimiento previo de sus ocupantes.

Se conceptúa criminal y digno de castigo que un individuo dé muerte a otro; pero se acepta como lícito que los hombres pueden matarse los unos a otros, con gloria y con honor, por el solo hecho de hacerlo al amparo de una bandera.

¿Donde está la moral de las naciones? ¿Dónde la prescripción social de que es crimen la guerra, cobarde la agresión de un pueblo fuerte sobre otro débil, delito la apropiación violenta de territorios?

No, para las naciones no hay moral, y por lo mismo, no hay para ellas honor.

(De «Tierra»)

Silencio Libertada

Una vez pasado el susto, la prensa de los Estados Unidos ha vuelto ha engolfarse en sus cuestiones locales. Lo mismo ha pasado con los periódicos obreros de otras regiones: pasada la primera impresión de indignación, han vuelto a su rutina de antes.

Pocos son los periódicos que siguen ocupándose de la cuestión mexicana, engañados quizás los que guardan silencio con las farsas de Conferencias de Paz que están siendo llevadas a cabo en las Cataratas del Niágara, las que, en realidad, no son más que un paso diplomático del tartufo Woodrow Wilson, para ganar tiempo.

Wilson, ante la actitud general de los mexicanos de todas banderas, hostil a la Intervención Americana, comprendió que no era empresa fácil llevar adelante la invasión de México por los perros de amarillo, que encontraría una oposición tenaz y que la fuerza actual de Estados Unidos es impotente para poder hacer frente a las contingencias de la guerra. Además Wilson y sus consejeros comprenden también que en esta época de calores la guerra con México es mortal para la soldadesca americana, no acostumbrada a regiones cálidas, donde los «civilizados» yanquis son víctimas de la malaria y demás enfermedades costosas.

Era preciso, pues, ganar tiempo, y para ello invitó a los representantes de Argentina, Brasil y Chile a que interpusieran sus amistosos oficios y hacer la farsa de conferencias de paz, mientras que el ejército americano se prepara a grande prisa, reclutando más soldados y haciendo acopio de armas y municiones, y mientras pasa la época de calores. En el inter, Wilson busca la manera de que las co-

sas se arreglen satisfactoriamente para sus amos sin tener que ir a la guerra que, de hecho, quiere evitar, y a ese efecto ha entrado en tratos con Carranza y con Villa, convencido de que no son más que un par de pillos que buscan solamente el medro personal a cualquier costo. Como es natural estos dos bribones han dado ofidos a Wilson, y quien quiera de ellos que llegue al poder, se encargará de remachar las cadenas de los proletarios mexicanos, para arrojarlos indefensos a los pies de los capitalistas yanquis, como lo prueban los tratos que con éstos han tenido aquéllos.

En último caso, de ser imposable que Villa, Carranza ó cualquier otro aventurero se fortalezca en el poder, entonces la Intervención será un hecho, una vez templada la temperatura en México. Wilson hallará la manera de comprometer en la empresa á otras naciones, para entre todas caer sobre los proletarios mexicanos y subyugarlos.

Para impedir tal crimen hace falta que la prensa obrera siga agitando entre el proletariado mundial á favor de la Revolución mexicana. Pero preocupados en sus cuestiones locales, descuidan lo que es de importancia mundial.

Si se sigue observando silencio acerca de la Revolución Mexicana en la prensa obrera, los trabajadores del mundo serán cogidos desprevenidos, sin saber por qué luchan con las armas en la mano los mexicanos, inconscientes del drama económico y social que aquellas regiones se desarrollan, sin conocer que la lucha del mexicano es su propia lucha, y fáciles, por lo tanto, de ser sorprendidos por la prensa capitalista, azuzados en sus sentimientos patrióticos y convertidos fácilmente en carne de cañón, en materia dispuesta para ir a conquistar México para sus amos, a remachar las cadenas de sus hermanos cuyo ejemplo digno y viril debiera seguir el proletariado del mundo entero, para conquistar por la fuerza de las armas lo que nunca será dado de buen grado por los poderosos: Tierra y Libertad.

ENRIQUE FLORES MAGON

Importante

La Dirección y Redacción de «El Jornalero» está en el

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

«Unión y Energía»

CALLE DE CHICAGO N° 2

APARTADO DE CORREO 74

Trujillo - Perú

Tip. «Moderna» Gan.arra 306